

## LA EUCARISTÍA QUE NOS MANDÓ CELEBRAR EL SEÑOR (III)

### – AÑO DE LA EUCARISTÍA –

Nuestra explicación de la santa Misa había terminado en la última catequesis con la oración de los fieles. Así termina la Liturgia de la Palabra.

Ahora nos vamos a centrar en la *segunda mesa*, que es la *Liturgia eucarística*.

Entramos así, en el centro de la Eucaristía. Antiguamente, al terminar la Liturgia de la Palabra, los catecúmenos eran despedidos, porque desde este momento sólo podían participar los bautizados. Ahora, el sacerdote, que actúa «en la persona de Jesucristo», es decir, haciendo presente al Señor Jesús mediante los gestos y palabras, va a realizar los mismos gestos de Cristo en la última Cena.

#### 1) La preparación de los dones

En este momento se llevan al altar el pan y el vino con el agua; esto es, los mismos elementos que Cristo tomó en sus manos. Tales dones muy pronto se convertirán en el Cuerpo y la Sangre del Señor (cf IGMR 72-73). El diácono o presbítero prepara el altar o mesa del Señor, centro de toda la liturgia eucarística, se coloca sobre él el corporal, el purificador, el misal y el cáliz. También lo pueden preparar en la credencia.

Es de alabar que el pan y el vino lo presenten los mismos fieles. «Aunque los fieles no traigan pan y vino de su propiedad, con este destino litúrgico, como se hacía antiguamente, el rito de presentarlos conserva su sentido y significado espiritual» (IGMR 73). Es decir, los fieles, presentando los dones, actúan su sacerdocio bautismal y aparece claro que la Eucaristía es una realidad de todo el pueblo de Dios. Luego, cuando se conviertan en el Cuerpo y la Sangre del Señor, ellos se sentirán «implicados» en la ofrenda de la Víctima santa e inmaculada (Jesucristo y toda la asamblea celebrante). Entenderán mejor que ellos ofrecen esa Víctima por manos del sacerdote y con él. El sacerdote en la Plegaria eucarística (en la conmemoración de los vivos PE I) dice: «...te ofrecemos y ellos mismos (todos los reunidos) te ofrecen este sacrificio de alabanza a ti, eterno Dios...»

El sacerdote o el diácono reciben los dones en un lugar oportuno para llevarlos al altar. Puede ofrecerse también dinero u otras donaciones para los pobres o la Iglesia; los pueden presentar los fieles (recogidos en la nave de la iglesia), pero se colocarán fuera de la mesa eucarística, en lugar oportuno (cf. Ibid.). Destacamos la importancia de que sean «verdaderas ofrendas», que se entreguen (no de dar y recuperar), que al depositarlas o entregarlas no se dice nada (no hay ningunas palabras rituales) y, excepto el pan y el vino, no se depositen en el altar.

